

REAL ACADEMIA GALEGA

ROSALÍA DE CASTRO

DISCURSO DE RECEPCIÓN
DA ILUSTRÍSIMA SEÑORA DONA

FRANCISCA HERRERA GARRIDO¹

E RESPONSA DO EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON

ANTONIO COUCEIRO FREIJOMIL



¹ Dona Francisca Herrera Garrido faleceu sen poder dar lectura ao discurso de ingreso na RAG. Considérase igualmente Académica Numeraria. Tanto o discurso de ingreso como a contestación estaban preparados para a súa lectura. O mecanoscrito de Francisca Herrera Garrido e o manuscrito de Antonio Couceiro Freijomil consérvanse no Arquivo da Real Academia Galega.

DISCURSO
DA ILUSTRÍSIMA SEÑORA DONA
FRANCISCA HERRERA GARRIDO

Excmo. e Ilmo. Sr. Dn. Manuel Casás:

Excmos. Sres. Académicos:

¡Dolor de mi corazón no poder disfrutar en este día, la compañía, amistosísima, de tan conspícuos literatos, de hoy mas mis hermanos, en nuestra reverenciada Galicia: he de rogaros perdón, por la afectuosa temeridad de aceptar tan destacado puesto, entre personalidades cumbre: es... gula de la abeja, libando el dulzor de la miel: es la infantil majeza del niño, que se cree hombre, empinándose para alcanzar su fruta preferida: es el minúsculo lucerillo, caminando hácia su padre, el sol: ¡Es la mujer gallega, hija, amantísima, de su Galicia bendecida!... Es la mujer gallega, que comienza su discurso de entrada en tan cultísimo Centro literário con una oración y una modesta reverencia para la memoria del fallecido académico D. Lisardo Barreiro, (q.s.g.h.), cuyos relevantes méritos literários son harto conocidos en nuestra Galicia, por él tan delicadamente glosada y ensalzada, en estrofas de profundo amor, de magna belleza. Galicia, la

tierna madre de sus fidelísimos hijos, nunca le olvidará; cada defensa en su favor, cada prosa rimada, lleva hoy un saludo a su tumba, en alas de nuestras multicolores “volallas”, en el trino, piadoso y dolorido de nuestras “anduriñas”... ¡Galicia es madre y coloca una corona de laurel, sobre la fosa de cada uno de sus poetas idos! Partió, -uno más,- hácia la Pátria Grande; pero no abandona su nido; por el contrario, - ; madrecita mia! - le añora, le mimas, le arrulla, como la madre a su niño enfermo, le cobija, ¡le ama!, le dá sus “madresilvas”, se lo entrega a su “Pastorciña”, le bendice en la “rayola” de la madrugada, en las Ave-Marías de la tarde, en el quedo campaneó de las ánimas, en la luz que se extingue en los luceros, en el quedo rezar del vecindario... ¡En el dolor-de nuestro Cristo, Padre, el Dios de los amores, aun por los frios, los túbios, los ingratos!

¡Los poetas “de raza”!... ¡Esos no mueren, se duermen en los brazos de La Virgen! ¡Nuestros Poetas gallegos!..., Virgen de Cadeseda; Tú les has sorprendido, en el amanecer, mirando tus luceros,: la estrella que guíoles, una noche serena, camino de Santiago: ¡“Campus Stella”! Todos, Sres. académicos, amamos, con pasión, a nuestra tierra; ¡Ah; pero nuestra meiga “Galiciña” juró no descansar, hasta gozar del Cielo, un premio único; el de llevar consigo, a la otra vida, ¡allá en el corazón!... ¡hondo!, ¡muy hondo!, el Divino cantar, el Divino sentir de sus poetas ¡Nuestro Cristo D’Ourense, nos recogerá allá, mansos, contritos... y en horas de nuestras “fuliadas”, hará abrir un “portelo”, “pequeniño”, para que llegue al alma el suave dulzor, electrizante, de nuestra gaita, única! ¡Nuestro Cristo D’Ourense, nuestro Cristo, amadísimo!, por favor, una

póstuma alborada!, que nos muestre el secreto de las rosas, entreabriendo sus hojitas, sonrosadas y nos muestre el correr de sus “ovellas”, por la planicie, llana; que nuestros ojos buceen en los nidos; que en nuestros rios, penetre la mirada, ¡Nuestro Cristo D’Ourense!, que permite el amor en los rapaces y ampara honestidades de rapazas!; que oye, en cada rosario, la música bendita, de las almas!... ¡Ampáranos, Señor, en tus Alturas! ¡Piedad, Señor, para la oveja blanca! ¡Piedad para los hombres, que aún intentan venderos, como antaño! ¡Piedad para los pobres pecadores, que rasgan vuestras llagas!

Y ahora, Señores Académicos, unidos en amor retrospectivo, una lembranza, augusta, —¡grandemente sentida, sinó bien expresada, para aquellos dos seres, que fueron en Galicia, Historia, Verso y Alma: para nuestro Murguía, —guión y norte— de toda nuestra Historia Galiciana; el venerable anciano, que amó también, casi paternalmente, mis pobres versos, humildes, ¡muy humildes!, tomados de la brisa de los campos, de amores de mujer, con sus “alayos”, de tristezas de huérfano, que, (¡pobrecito mio!...) no tuvo a quién contarlas: ¡con canciones aldeanas, esparcidas al cierzo y deshojadas!; como brisa “mareira”, que mi cabello orea; como ráfaga, suave, que no osare encararse con los pinos y con ellos jugare, blandamente; como el beso de nuestras “madresilvas”!

¿Y “nuestra” Rosalía?... ¡La admiración de mis primeros años, como infantil (más real,) deslumbramiento! ¡La ideal Rosalía; que yo leía y amaba, cuando apenas contaba 12 años! ¡Rosalía!, fué, para mí... ¿qué se yó? el mito, el encanto de mis horas de vacaciones, las

largas tiradas de sus versos ideales, super-humanos, ensartados en mi corazón y en mi memoria, como el abrazo de la vida, lozana, amparador del ansioso racimo. La he llorado como si mi corazón hubiese vivido en constante, estrecho abrazo con el suyo. Y al axfisiarme, moralmente, la muerte de mi madre, idolatrada, enferma y desolada, comprendí los dolores de aquella mi alma amiga!

Quién osaría decirme que, años después, colocaría mis modestos versos bajo la crítica de Dn. Manuel Murguía, para qué, - espiritualmente,- ellos me ayudaran a vivir, desde el caos de mi angustiada horfandad! ¿Fue complacencia? ¿Acaso bondad suya? No acertaré a explicármelo, ni a definir mi sorpresa, viéndole correr, (en su ya trémula mano,) página tras página, sin la mas leve objeción, ¡sin la llamada de una enmienda! Por ambos rezo siempre con la mayor unción. Ella, por que hechizó mis horas; el ancianito, ¡tan literariamente meritoso, por que su voz y su crítica... ¡sonaron siempre a “Abuelo”!

Jamás hubiera osado solicitar, de tan alta atención, la prebenda de un. “prólogo”, para mi “Almas de Muller”. El me lo brindó, paternalmente, ¡protectoramente! También, por satisfacer su deseo, me aparté de mi rito de aislamiento; empujada, así mismo, por la agradecidísima atención de nuestro tan digno, Sr. Presidente, Excmo. e Ilmo. Sr. Dn. Manuel Casás y en compañía de nuestra tan justamente celebrada, Dña. Filomena Dato Muruais.

Y entremos, de lleno, en la médula de mi modesto discurso.

¡Que extraña, aquella íntima compenetración, espiritual, histórico, literaria, entre Rosalía - verso, Rosalía, suavísimo perfume de violetas, Rosalía, “rayoliña” de sol, iluminando el agro y la montaña, Rosalía... ¡única! y el alto historiador, arrancando a los tiempos mas remotos, hábitos de su vida: ¡auscúltula, le subtrae, día tras día, hora tras hora, el recuerdo que guardan sus entrañas; enmienda errores, idos, compulsiva documentos y es, en su obra, cíclope, gigante, al lado de la dulce criatura, toda, amor galiciano; toda, ilusión bendita, toda, Angel de la Guarda, custodiando el amor de su Galicia. El, estudio de razas, amando y defendiendo cuanto es nuestro; ¡Ella, con su laud para cantarlo! El, enrojeciendo sus ojos en las largas veladas, para bucear en lo más íntimo de nuestra Historia, loando a nuestros poetas, a nuestros prosistas, laureados: leáse el ensalzamiento de Pastor Diaz, en el meritísimo prólogo, que nuestro tan erudito anciano le dedica para el libro “Célticos”.

Y de “Biblioteca Gallega” tomemos, tan solo, este brevísimo párrafo, antecedendo a la poesía de nuestra “amadiña” Rosalía: “¡Padrón, Padrón!... etc.

...Cuando la poesía profana arranca dulces lamentos, para cantar un “amor profano, también; pero como aquél, noble y grande, entonces, los raudales de inspiración, arrancan lágrimas y los versos palpitan, al túbio calor que le presta el sentimiento que les dicta”.

¡No otra cosa hizo la autora, el ruiseñor de nuestras selvas,
¡Rosalía!

Y oigamos a José Novo y García en su libro “Pra Galicia”:

...mientras que en los “Cantares”, el objeto, el alma entera, como dice la Autora, es Galicia, hecho que puede comprobarse en todas las páginas de aquel libro, vaciado en los moldes de la poesía épica y de la dramática, “Follas Novas” acusa un lirismo ejemplar”. Y continúa su bella, acertadísima crítica, sobre “En las orillas del Sar”, “Follas Novas”, “El caballero de las botas azules”, etc.

Y el que fué amor de su vida, el padre de sus hijos, dedícale, en “Precursores”, cuanto un corazón, enamorado, puede dar a su corazón gemelo: lágrimas, soledades, tristura. No se ha puesto el sol en el corazón, humano, de sus éxitos, también, espiritualmente, humanos: creadora, ¡Ella!, de la nueva ritma; poseedor El, de los secretos, íntimos, arrancados a la entraña de nuestra Historia Pátria... ¡Mágico consorcio literario-científico! Europa culta, les admira: Galicia corona de flores sus tumbas; amorosa madre, téjelas sin cuento: mi corazón les envía ideales rememoraciones, con la mas férvida admiración!

¡Rosa-lia!, los que te hemos amado, te amamos y te amaremos siempre!

¡Te has incrustado en nuestro corazón galiciano. No te olvidaremos jamás! Pasaste por la vida, -Vestal de tu religión poética,- recogiendo tu ropaje místico, el verso, en tus pálidos labios y el amor en tu corazón: cruzaste la punzante espesura, (ruiseñor impaciente,) esparciendo el perfume de tu nombre por nuestra señorial, nobilísima Galicia; te saturaste del perfume de sus chozas, menta y laurel; ofreciste tu estandarte (con sus heráldicos sinos) a nuestras impetuosas “suradas”... ¡Y todo por Galicia, por España, por la Europa “sensible”;

como una estrella errante, como la mas alta personificación del amor; como la mas digna, como la mas elevada personificación de nuestros ideales, como la mas autorizada intérprete de la poesía-alma! ¡Pasaste, ingrátida de tu vida “verso” a tu vida “gloriosa; el dolor en el alma, la canción en los labios; un volcán en tu ardientísimo corazón. Saludáronte y se inclinaron ante la realeza de tu señorío, ante tu frente, marchita, los “rumorosos”, de Pondal! La humanidad sentimental, te admira, yo te venero; por los desgarramientos de tu alma, por el sufrir de tu exausto cuerpo, por la impresión y la emotividad, ingrátidas, de tu vida-verso, de tu vida gloriosa: ¡el dolor en el alma, la canción en los labios!... ¡La magnitud de tu altísima personalidad, estética! Quebróse, tu pobrecito corazón, (¡quebróse tu existencia!) por que no han podido soportar el agobio de tus dolores-alma ¡...“Tu corazón”... ahito de mundanales y de espirituales pesadumbres!... Tu Pátria estaba Allá; en la altura infinita, donde te reclamaban, el harpa del Profeta y los “rapaciños” que murieron sin que les llorase una madre. Tu fé espera en La Gloria,- conserva la delicia de un pensamiento humano, engarzado en los cánticos celestes; ¡Galicia, hoy respetada, amada y elegida, la que tu elevaste al Parnaso!, la que tu amaste y la que te amó tanto!, la que tu defendiste del ultraje de los desconocidos...! ¡Tu Galicia, nuestra Galicia!, la que nuestro gran Murguía despertó de su largo sueño, histórico!, dedicándole una gran parte de la ternura a tí consagrada, ¡Nuestra Galicia, no olvidará jamás a quienes de rodillas la ensalzaron!...

Desde el deslumbramiento, literario, -un tanto desorientado,- de mis primeros años, senté plaza en su santa milicia; fué mi égida:

soldado bisoño, casi infantil, sus versos semejábanme un rezo, repito; su dolor maternal, una piadosa devoción: eran, en mi tierna sensibilidad, asombro, encanto, música, sorpresa... ¡No acertaba a dar nombre a mi emoción! Era “algo” grande, que mi modesto cerebro no acertaba a definir; a analizar. Era la “meiguiña” de mi corazón cuando, la métrica jugaba, todavía, con mis deshilvanados intentos, versificadores. Ella, nuestra Rosalía, única, la del imperecedero recuerdo, dió el sonoro aldabonazo en mi juventud sentimental ¡Ella, sería siempre! Yo no hubiera sido nunca, sin Ella! La nueva edición de sus obras, la consagra, la santifica: ¡“Benia”, quien acertó a reunir las, prestándoles la manifestación, exterior, de un piadoso devocionario. Por su Sra. hija Dña. Gala, me entero de que, los Editores de esa maravilla, han suprimido, en una de las obras, mi prólogo, por ella y por su fallecida hermana, Doña Alejandra, cariñosamente, insistentemente solicitado. Ni me molesta, ni me ofende; aunque en la certera seguridad de que reinando su santa madre en nuestro pobre mundo, lo hubiera conservado, tan solo fuere por mi humana devoción hácia todas y cada una de sus insuperables creaciones, únicas!

Y para no molestar más, vuestra agradecidísima atención, termino este modesto discurso, con el mas atento, con el más afectivo saludo para el dignísimo,-Excmo. e lltmo. Sr. Presidente- y para mis preclaros compañeros Académicos; “hermandad” (como su nombre lo expresa,) ¿No es el “amorio” de los hijos todos de una misma rama? ¿No se darán por aludidos, los hijos, todos, de nuestra amadísima “Terriña meiga”?

¡Un saludo, también, para nuestro fraterno Pueblo Luso, con el cual y desde antaño, tengo, apenas cumplidas, grandes deudas de gratitud!

RESPOSTA
DO EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON
ANTONIO COUCEIRO FREIJOMIL

Correspóndeme, por designación de la Real Academia Gallega, el alto honor de dar la bienvenida al nuevo miembro de número de este cuerpo literario, Sta. Francisca Herrera Garrido, significada representación de las letras regionales, que viene a ocupar el puesto dejado vacante por otra relevante figura de la poesía galaica: Don Lisardo Barreiro, perteneciente a aquella benemérita generación que prosiguió la empresa de los venerables precursores; de los que iniciaron al mediar el pasado siglo, cantando con voces inextinguibles, el espléndido renacer poético en Galicia.

La forma y la temática de los precursores vense reproducidas – sin mengua de la originalidad de cada cual- en toda una pléyade de poetas que llenan un período alargado hasta ya transcurrida la primera década de la presente centuria: son los que se deslizan por los cauces de una tradición bien definida en los cantores del “Album de la Caridad”

La muerte se ha ido llevando poco a poco a esos continuadores, y sólo supervive felizmente, quiera Dios que por largos años, nuestro veterano compañero D. Eladio Rodríguez González –me place rendirle desde aquí el tributo de mi admiración y mi homenaje-, en quien apunta ya algo semejante a una integración de la manera de su época con las innovaciones traídas hasta nosotros, un tanto tardíamente, por las corrientes modernistas.

Apenas comenzado el siglo actual suenan voces que, sin salirse de los antiguos cauces, derivan hacia horizontes todavía no abordados. Hay una evolución de nuestra poesía, que primero se advierte en Noriega y Cabanillas, para enlazarse luego con Gonzalo López Abente y Victoriano Taibo.

Por aquel tiempo surge Francisca Herrera Garrido. En 1913 sorpréndenos con las exquisiteces de *Sonrisas e bágoas*. Dos años después danos *Almas de muller*, aquellas suaves “volallas na luz” que espontáneamente quiso prologar el maestro en todo de todos los gallegos; Don Manuel Murguía. Y aún, transcurridos cuatro años, el tributo de Francisca Herrera a las musas galaicas se enriquece con el fragante ramillete de las *Frores do noso paxareco*; unas flores escasas, que por eso mismo y por lo escogidas, dejan ansia de más.

Estamos ante un poeta que no desentona de las modalidades iniciadas a la sazón. Dentro del fondo permanente de amor entrañable a la tierra nativa, los asuntos manidos del pasado no se encuentran aquí. Un delicado lirismo fluye de todas las estrofas, abundantes en originales imágenes, espontáneas siempre, sin reflejos de forzada elaboración cerebral; estrofas acabadas y variadas, empapadas de aires puros de castaños y “carballeiras”.

¡Y qué riqueza de voces genuinas, “enxebres”, en el léxico de Francisca Herrera! Palabras expresivas, muchas de las cuales jamás habían adquirido estado literario, engázanse en sus versos, comunicándoles una vitalidad sorprendente, realmente inusitada: “doas de orvallo”, cuyas irisaciones no iguala ninguna preciada gema de joyería. El vocablo popular, trabajado en labios del vulgo según sus certeros instintos, compenétrase íntimamente en las cosas que designa; parece que guarda lo esencial de ellas; y por eso enriquecese con una fuerza de emotividad equivalente a un contacto punzante con lo más característico de las cosas mismas. Los versos de Francisca Herrera son, por tal motivo, como una Galicia quintaesenciada, de la que sólo permanece lo sutil y alado, lo inmaterial, lo que es como espíritu: el

esplendor de su verdad; su belleza, en suma.

No sabemos por qué –pues su fértil ingenio no se había agotado, ni tampoco mermaran las dotes de captación de su fina impresionabilidad- Francisca Herrera abandonó la poesía lírica y se echó a andar por los campos de la novela. Acaso sea esto consecuencia de la inquietud del artista, que le trae perennemente desasosegado y afanoso de superación, donde quiera que se encuentre: tal vez se trate de una modalidad más de la “saudade” o de algo que con ella pudiera identificarse.

En 1920 imprime *Néveda*, delicada exaltación idílica de la Galicia aldeana, y, con pequeños intervalos, las narraciones cortas –no por cortas menos estimables- “A y-alma de Mingos” (1925), y sobre esa, algún que otro cuento que entrega a las revistas gallegas de por ahí adelante.

La novela gallega y en gallego alcanza entre nosotros escaso desarrollo. Preponderaba la tónica costumbrista, con excesivas concesiones a un realismo recargado y tosco. Aparte de algunos relatos bien logrados, como, en lo histórico, *A tecedeira de Bonaval*, de López Ferreiro, pueda decirse que nadie, hasta Francisca Herrera, había elevado la novela regional a un alto puesto. Sucedióle beneméritos cultivadores de este difícil género, pero en el bien ganada mantiene nuestra autora la preciada categoría de precursora en primer plano.

Brevemente hemos de recordar, limitándonos a enunciarlas, sus novelas castellanas; castellanas únicamente en el lenguaje, -un lenguaje en que el habla vernácula dijérase que pugna por irrumpir- y, consiguientemente, parangonables a las gallegas: *Pepiña* (1922),

Reproba (1926) y *Familia de lobos* (1928).

No era menester, desde luego, la precedente excursión, sucinta y ligera, a través de la obra del nuevo miembro de esta Academia; no era menester, porque nadie ignora esa obra y porque a cualquiera de los compañeros que me escuchan le sería fácil analizarla con una sutileza y penetración que a mi no me son factibles. Por eso creo que basta con la sencilla aportación expuesta, registro seco y escueto, a manera de una burocrática hoja de méritos.

En las emocionantes y vibrantes páginas que nuestra ilustre compañera acaba de leer, hay un recuerdo, tan fervoroso como merecido, para las dos egregias personalidades que mejor encarnaron el amor a nuestra Galicia: Rosalía Castro y Manuel Murguía. Tal evocación, incrustada de personales memorias, viene con gran oportunidad. Ambos nombres esclarecidos, no obstante hallarse grabados hondamente en el corazón de todos los gallegos, deben desbordar al exterior en actos como el presente, para afirmar que no basta con rendirles culto íntimo y callado, sino que es menester ofrecerlos como objeto de ostentosa y solemne veneración pública, en la religión de la galleguidad, a las generaciones que vengán sucediéndose, con objeto de afirmar aún más una constante presencia simbólica entre nosotros, comunicándonos encendidamente los nobilísimos ideales en que tan excelsas figuras polarizaron sus anhelos ingentes, ensoñadores y gloriosos.

Rompiendo una costumbre que no se explica sin otorgar absurdas concesiones a un impulso atávico de fondo semítico, carente de base entre nosotros, la Real Academia Gallega recibe hoy jubilosa entre sus miembros numerarios, por vez primera, a una mujer. Queda

así reafirmado que nuestra Academia –en cuyos tiempos de iniciación tuvo por presidente honorario a Doña Emilia Pardo Bazán- no es coto cerrado para el sexo femenino y que se halla a tono con la consideración que la mujer, al amparo de los ideales cristianos, ha conquistado en la sociedad moderna.

La Real Academia Gallega, señora, quiere expresaros por mi modesta mediación, la singular complacencia con que, desde ahora, os cuenta incorporada a sus tareas, a las que no dudamos contribuiréis sobresalientemente, según vuestros reconocidos merecimientos garantizan.